

# HISTORIA DE UN TOPÓGRAFO

PEDRO SOLER

Me decía un buen amigo cuyas ideas son más bien conservadoras y mientras tomábamos café: “Que no es necesario ni conveniente resucitar ciertos episodios de la Guerra Civil!” Siempre dicen esto –pensé– cuando se hace mención a historias que no favorecen sus ideales o inclinaciones. Como además de amigo es hombre prudente y de buena fe, guardé silencio. Lo que seguramente interpretó como si estuviese de acuerdo con su observación.

Más tarde, en casa, rozando ya la media noche. Meditaba sobre la historia cuyo relato tenía en mis manos y decidí afrontar esa responsabilidad. Y no es otra, que el hacer saber aquellas cosas que nos pueden aportar algo, aunque sea una cuestión tan etérea como el ejemplo. ¡Aún hay más! –me dije– Si tantos como yo, más de la mitad de nuestra vida transcurrió escuchando sólo una versión

de aquellos siniestros años de la guerra. La mayoría de las veces con insidia y exageración. Otras falseando los hechos, y las más con humillación y desprecio para los que fueron vencidos y sometidos. Haciendo de ellas una herramienta de vejación y esclavitud ideológica durante cuarenta años. Sin que aquellos a los que hacían referencia tuviesen la oportunidad, no sólo de defenderse. Ni siquiera desmentir o explicar las causas que originaron tales hechos pudieron.

Pienso que a pesar de las consideraciones de mi amigo. Pesa para mí más y tiene más entidad, el testimonio de todos aquellos que poco a poco, sin odio y sin ánimo de venganza. Pretenden exponer las acciones que sumieron en el silencio, porque no eran dignas del estandarte y



José Carrillo Collado (1892-1941). Alcalde de La Huelga durante la 2ª República

la cruz que presidió su cruzada. Ni tampoco de los palios que cobijaron a quienes los cometieron. Sólo quieren que se sepa la verdad de los que padecieron la muerte, el exilio o interminables años de mazmorras. Me parece pues oportuno relatar la historia que han puesto en mis manos. Historia que afecta directamente a Sorbas y cuyos personajes pueden ser fácilmente identificables. Aunque quien me documenta tales hechos no busca venganza, y por ello exige que salvo los propios, no se den más nombres. Considera que sus descendientes o allegados pueden ser personas de bien, no siendo justo que sufran por despropósitos en lo que no tuvieron nada que ver. Es intención de José que, aquellos que lo lean tengan la voluntad, de que semejantes barbaridades no vuelvan a

repetirse. Pienso por mi parte: ¡Que pobre es la voluntad por sí sola! Pero una sola, puede ser el génesis de muchas voluntades, que unidas llegarían a ser invencibles y tal vez así, andaríamos en menos trasiegos para amargarnos la vida unos a otros.

José Carrillo Segura, que nació en la Huelga y ejerció de Cardelero hasta la jubilación, lleva sobre sí la honra del padre como un blasón inseparable de su vida. Guarda con ternura indisimulada y curiosamente doblado, el título de Topógrafo de su padre. Una libreta ya descolorida, en la que cuidadosamente pegó recortes de letra impresa que aludían a la justicia, al bien común y a métodos para combatir las miserias de los hombres. Y en una curiosa caligrafía, aquellas formulas químicas que aprendió en América Del Norte mientras ejercía su trabajo. Todo cuidadosamente ordenado y envuelto, como una reliquia que es el origen de sus ideas y el

sentido de su vida. Me enseña también las cartas que su cuñado enviaba a su hermana desde los distintos penales, donde sufrió trabajos forzados por más de diez años. Algunas de ellas rotas o cortadas, en aquellos trozos que los censores no creyeron oportuno que se leyese. De forma que la mujer, solamente tenía la emoción de unas palabras y un papel que provenían de su marido. Pero cuyo sentido no se podía descifrar por estar el texto mutilado. Seguramente por eso, las otras disimulan la pena y la desgracia en que vivía, para que llegasen íntegras a su destino. Tales padecimientos, inducen al vano intento de comprender aquella situación: ¿Qué debe de pensar una persona en tales circunstancias? ¿Cómo debe de ser el padecimiento de un hombre, que por causa de sus ideas



Título de Técnico Topográfico de José Carrillo Collado

se ve en presidio, torturado y separado de su familia? ¿Qué razonamiento puede acabar inventando para descifrar semejante desgracia?

José lleva también la maldad de quienes provocaron el infortunio de su familia. Pero a estos ya no los odia. Ciertos misterios de la condición humana, sin saber porqué hacen perdurables aquellas cosas, cuya herencia ennoblece y eleva nuestra condición. Desechando aquellas que nos conducen al odio y al resentimiento. Oscuro pozo que nos sumerge en la miseria. Por ello, José solo quiere que la memoria de su padre se conozca como fue, ignorando a los que le causaron la muerte. Tiene el recuerdo de aquellos años exacto y perfectamente construido, no hay detalle ni fecha que haya olvidado.

Jubilado ya, habla de aquel tiempo sin entenderlo. Mucho menos comprende la suerte de su progenitor, ni la desgracia que a él y a su familia acompañó durante tanto tiempo. Parece que esa sombra le acompañará toda su vida y que abandonará ésta sin haberla entendido.

Su padre: José Carrillo Collado, nacido en Sorbas en el año de 1.892. Fue Topógrafo titulado y Alcalde de Huelga. Cargo éste que combinó con el cuidado de sus tierras y el ejercicio de Cartero. Las obligaciones de éste último empleo fueron causa de su

detención en la Venta del Chocolate cuando acudió a recoger la correspondencia. Desde allí, bajo custodia hizo el camino de retorno. Dicen que en la Plaza de la Huelga, sus hijos y otros chiquillos jugaban, cuando José Carrillo custodiado por la Guardia de Asalto entró en ella. No olvida José las lágrimas de su padre cuando cruzaron sus miradas, seguramente avergonzado de que le viese en tal situación. Quiero imaginarme la solemnidad de aquella entrada en la plaza, ya que pocas cosas hay más solemnes que la vejación de la justicia y de la bondad. Me imagino a José, sin poder contener las silenciosas lágrimas que denunciaban su impotencia, ante la mirada atónita de sus hijos. Dicen también que, cuando la comitiva alcanzó el centro de la plaza. Un vecino significado les cortó el paso. Delante de él se quitó el sombrero, y mientras miraba a su amigo y a quienes le custodiaban, hizo una reverencia, al tiempo que un sonoro y firme: ¡VIVA FRANCO! salía de sus labios. Pocas veces la inclinación de un hombre, adornada por el vuelo de su sombrero, plasmó tan bien el servilismo y la vileza.

Antes de tan triste y definitivo viaje. José había hecho otro siendo aún muy joven. Como tantos hombres que despoblaron las aldeas y

pueblos, emigró a los Estados Unidos de América, donde además de trabajar logró instruirse y ahorrar unos dineros. Corría por aquel entonces el año de 1.926, y cuando José hubo logrado los que consideró suficientes, se los envió a su padre con el encargo de que comprase una pequeña parte del cortijo de Los Ramírez.

Pasados unos años, José volvió para quedarse definitivamente en la Huelga, y una de las primeras cosas que hizo fue ver la tierras que le había comprado su padre. Experto como era en mediciones, se dio cuenta y comprobó que habían engañado a sus padres en la venta. La tierra escriturada no correspondía con los lindes que le habían asignado. Reclamó por ello sin recibir respuesta, ni ánimo de restituir la parte que le pertenecía. De forma que después de demandar al vendedor, adquirió unos libros de derecho con las leyes que correspondían a su demanda. Y sin disposición para gastarse sus ahorros en abogados, se instruyó en ello y logró ganar el pleito y las tierras que le correspondían. Siguiendo su ejemplo, otros compradores le pidieron que midiese las tierras que al mismo propietario habían adquirido, comprobando que igualmente habían

*Las obligaciones de éste último empleo fueron causa de su detención en la Venta del Chocolate cuando acudió a recoger la correspondencia*

sido engañados. Indignados persistieron en los pasos que en su día dio José, y lograron recuperar lo que les pertenecía. Empezó con ello a crearse enemigos muy poderosos en la comarca, y a pesar de ello fue elegido Alcalde. Cuentan que su cometido lo ejerció debidamente, buscando el bienestar de sus vecinos y arreglando aquello que el presupuesto le permitía. Pero en determinadas épocas y

circunstancias, cumplir con los deberes cívicos puede ser la perdición de un hombre, y a él como a otros muchos, la representación libre y democrática le costó la vida. Nada se encontró en su actuación, ni en su comportamiento para que pudiesen acusarle. Sus actuaciones fueron críticas tanto en un bando como en el otro, cuando las circunstancias le requirieron para ello. De tal manera fue así, que los milicianos le amenazaron de muerte cuando supieron que protegía al sacerdote del pueblo, y se oponía a que entrasen en la Iglesia con el objeto de quemar los santos. Cruzó y clavó maderos en la puerta para impedirles el paso. Y no tuvo otra salida que entregar las llaves, cuando las amenazas para él y su familia fueron serias y definitivas. Aún así, les recriminó públicamente tal comportamiento, y su desacuerdo con tales actos. En ello estaba cuando unos de los asaltantes, mirándole fijamente a los ojos le hizo una aciaga profecía: ¡Andate con cuidado José - le dijo - Estos a los que ahora defiendes, puede que mañana te maten a ti! Lo expeditivo de aquellos días siguió su curso, no pudo evitar que asaltaran la Iglesia y destrozaran todo lo que encontraron a su paso. Más para no ser testigo de tales actos, ni él como Alcalde ni nadie de su familia estuvo presente.

Antes de todo ello y viendo el cariz que tomaban los acontecimientos. Habló con su amigo "El Pirrongo" para que escondiese al cura, porque era seguro que vendrían a por él para asesinarlo. Así lo hicieron y gracias a ello el sacerdote logró salvar la vida. Pero José seguía agregando enemigos en un bando y en otro.

El mismo sacerdote que por José y su silencio logró salvar la vida, no gastó una palabra, ni un gesto en su defensa cuando fue detenido. Que extraña y negra conciencia incubaron algunos bajo la sotana; Vistieron de luto el mensaje que decían predicar, y ni la caridad ni el amor cupieron

bajo tan negra vestimenta. A pesar de que José y Frasquita (su mujer) eran creyentes, sólo habían bautizado a los dos hijos mayores. Los otros tres, fueron engendrados en los viajes que hizo desde América para ver a su familia. De forma que cada viaje era un hijo, hasta la última, Catalina, que sólo tenía veinte días cuando detuvieron a su padre. Y si a los dos anteriores no los habían bautizado por la ausencia de padre. Menos aún la madre estaría por ello, teniendo en tales condiciones al marido y viéndose después viuda y con cinco hijos. Seguramente por ello y por haber sido Alcalde durante la República. No debió creer el sacerdote que José fuese hombre justo, y hasta sus hijos hizo llegar la venganza y el odio que se cebaron en el padre.

Huérfanos ya, Catalina, Alfonso y José continuaron asistiendo a la escuela del pueblo. Siendo para algunas familias una deshonra, ya que los tres niños no estaban bautizados. Le hicieron saber al Maestro que sus hijos no podían convivir con otros que eran "Moros y rojos" En

tal forcejeo anduvieron, porque D. Antonio (El Maestro) se opuso de forma tajante a tales intenciones, pero ante la insistentes presiones de los padres y el sacerdote. Acordó con la madre de los niños para que estos recibiesen el bautismo, y así evitar las continuas peleas e insultos que tenían que sufrir. Es posible que Frasquita no quisiese que sus hijos, fuesen bautizados por el sacerdote que debía la vida a su marido, y que después no movió un dedo para salvarle. Aunque finalmente, convinieron con el Sacerdote la administración de tal



Carta enviada por José a Frasquita (su mujer) desde la cárcel

*mirándole fijamente a los ojos le hizo una aciaga profecía: ¡Andate con cuidado José - le dijo - Estos a los que ahora defiendes, puede que mañana te maten a ti!*



Partida de Defunción de José Carrillo Collado.

Sacramento. Pero aquel, para hacer más notorio y significativo el hecho, no quiso que la celebración fuese discreta y pasase desapercibida. Para ello acordó que los tres hermanos se bautizaran por separado y con el espacio suficiente de tiempo, para que la familia y el pueblo se dieran cuenta de la importancia de tal vínculo y como ante él, se habrían de rendir las voluntades y los principios que habían enseñado a aquellos niños. Ante la dificultad en encontrar una madrina, el maestro hubo de echar mano de una sobrina suya, con sólo catorce años, para que ejerciese de tal y así poder celebrar las tres ceremonias. Ya que todos los menesteres que los hombres hemos inventado, y convertido en tradición y norma, requieren de ciertos requisitos. Sin ellos no hay solemnidad, ésta necesita del testimonio y éste da fe del hecho. Así parece ser que uno entra en un mundo de elegidos.

Decidido que los tres niños fuesen bautizados, el sacerdote dispuso que José entrase en el seno de la Iglesia el 7 de Julio de 1.940. Catalina, el 13 Octubre de 1.941 y Alfonso, el 16 del mismo mes y año. Casi un año de diferencia hubo entre José y sus hermanos. ¿Tal vez para José fuese más urgente y necesario lavar

su culpa por el pecado original? ¿O quizás los hermanos, a pesar de su temprana edad, fuesen más resistentes a entender las ventajas de la verdad que iban a recibir? No se sabe, el secreto se lo llevó el sacerdote a su tumba. Pero es dudoso, que las aguas bautismales aliviasen en los hermanos, la definitiva ausencia del padre. A quien vieron como detenían

*No olvida José las  
lágrimas de su padre  
cuando cruzaron sus  
miradas, seguramente  
avergonzado de que le  
viese en tal situación*

y se lo llevaban a una Cárcel de Almería (El Ingenio). Pero antes, cuando José corrió precipitadamente para avisar a su madre de cómo había visto entrar a su padre en la plaza. Se encontró que la casa estaba siendo registrada, mientras su madre lloraba

impotente, viendo como se llevaban un acordeón, algunos libros, una cadena de oro y la escopeta de caza de José. Todo ello era el botín que poseía aquella familia. La escopeta la estuvieron usando los requisadores durante diez años, al cabo de los cuales la devolvieron ya inservible. José aún la guarda, como un preciado recuerdo de aquellos días y de su padre.

La familia sufrió a partir de entonces, toda clase de humillaciones y arbitrariedades. La madre y una de sus hermanas, hubieron de ocuparse de los hermanos y trabajar el pequeño huerto que tenían. Regando, cultivando y recolectando. Pero en una de las ocasiones en que ambas se dirigían a regar unas tomateras, fueron interceptadas por dos hombres, que además de insultarlas les impedían cumplir su cometido. En vez de eludir el enfrentamiento, osaron encararse con ellos para que les dejaran seguir su camino. Tal osadía les costó ser abofeteadas violentamente, sin que nadie saliese en su defensa, ni recriminasen a los agresores su hazaña. Tan valiente acometida fue un hecho deslucido de dos individuos. Pero aún peor le sucedió con la burra que poseían para los trabajos del campo, y como ayuda para transportar sus frutos y enseres. El cuadrúpedo pasó a ser “la burra colectiva” Todo aquel que necesitase de ella se la llevaba sin el menor recato, aprovechándose de la indefensión de la viuda y el acobardamiento de la familia. Sin considerar que ellos la pudiesen necesitar. Se la llevaban, y la devolvían cuando le había hecho el servicio. Una familia de rojos como ellos –deberían pensar muchos– Ya podían darse por satisfechos con estar vivos, o que les dejaran andar libremente por el pueblo.

Hubo también un cobarde intento, para desposeerlos de las tierras que eran su sustento. Creyendo que no tendrían escritura, o que si estaba a nombre de José podría ser manipulada. Hicieron ir a Sorbas a Frasquita Segura, madre de los niños, con el encargo de que llevase el documento público de las tierras. Angustia y temiéndose lo peor, al llegar a Sorbas fue a ver a algunas personas, que aunque adictas al Régimen, conside-

raba honestas y fueron conocidos de su marido. Estos, como ella esperaba, hicieron honor a la amistad y la justicia. La asesoraron y le indicaron que nadie podría desposeerles, porque su marido tuvo el acierto de escriturar las tierras a nombre de sus hijos. Así sucedió y así pudieron seguir subsistiendo con lo poco que les daba el huerto, y la ayuda que recibían de un familiar desde Argentina. Gracias a las tres mil pesetas y a la ropa usada que les enviaban cada tres meses.

Según las leyes impuestas, por aquellos años no se podía recibir del exterior ropa nueva, ni sobrepasar determinada cantidad de dinero. Más de una vez, Frasquita hubo de hacer el camino desde la Huelga a Almería en la burra, para recoger el dinero y los fardos de ropa que le enviaban desde Argentina. Gracias a ello sus hijos, pudieron vestir incluso mejor que la mayoría de sus vecinos. No pasó desapercibido este hecho en el pueblo. Algunos denunciaron que la ropa y el que no pasasen necesidad, se debía a la ayuda de los maquis. Como si estos estuviesen para dispendios, si es que por aquella zona los hubo. Por tales sospechas, la familia fue espiada hasta que se supo la procedencia de la ayuda.

Con intranquilidad y angustia fueron sobrellevando sus penurias, en la espera del día de La Merced, que era el único en que permitía visitar a los cautivos. En tal día, Frasquita y sus hijos: Alfonso, Catalina y José, emprendieron viaje hacia Almería. No es difícil suponer la esperanza y la angustia, con que la madre y los niños recorrieron aquellos kilómetros, hasta llegar a la prisión donde el padre sufría escarmiento. Cuenta José, que verle en aquel lugar y en las condiciones que lo tenían. Le causó tal impacto, que nunca, durante los días de su vida se borró aquella estampa de su mente. Tal impresión causó a todos aquel encierro en espera de la muerte, que la pobre mujer se movió, habló y suplicó desesperadamente para librar a su marido de la injusta situación en que se encontraba. En ello estaba, cuando un día se presentaron en la Huelga unos señores principales y conocidos, con la intención de cazar por los alrede-

dores del pueblo. Frasquita en su desespero fue a ellos para ver si podían interceder en favor de José. Estos le hicieron el compromiso de un aval en el que mencionarían la inocencia de su marido, y la esperanzaron con el convencimiento de; Como José no había hecho nada y así lo avalaban ellos, no sería difícil

***Pero José Carrillo Collado fue fusilado el 26 de marzo con las primeras luces del Alba. Nueve días después de la entrega del aval. El día 27 le concedieron la libertad definitiva, debidamente certificada y firmada por el Mando en Plaza. Pocas veces se concedió una libertad tan definitiva.***

conseguir su libertad. Con ésta promesa, le hicieron el compromiso a Frasquita de que les preparase un buen arroz para después de la cacería. Y Frasquita hubo de vender por doce duros de los de entonces un trozo de tierra, con la intención de que la comida y sus acompañamientos, fuesen en consonancia con la esperanza que el aval de tales señores había despertado. Hecho el documento ante un juez y con testigos. Después de un sabroso arroz servido por Frasquita en la Plaza de la Huelga, le entregaron el papel y lo presentaron en Almería el 18 de Marzo de 1.941. No se sabe que instancias intervinieron, ni si el aval surtió el efecto contrario al deseado. Pero José Carrillo Collado fue fusilado el 26 de marzo con las primeras luces del Alba. Nueve días después de la entrega del aval. El día 27 le concedieron la libertad definitiva, debidamente certificada y firmada por el Mando en Plaza. Pocas veces se concedió una libertad tan definitiva. A José no sólo lo liberaron del presidio, también le dieron la libertad de éste mundo. Debieron de pensar que, para los tiempos que

corrían y el mundo que le había tocado vivir, le hacían un gran favor liberándole de él.

Así pues, con su libertad y de cuerpo presente, José vino a entregar sus huesos a la tierra. Se podría esperar que después “De hacer justicia” la familia se librase de incordios y desprecios. Pero no fue así, múltiples arbitrariedades sufrieron los hijos, por hechos tan simples como peleas de zagales. Por alguna de ellas y teniendo tan sólo siete años, José, con sus hermanos Alfonso y Salvador, estuvieron encerrados ocho horas en un corral, que era la cárcel de la Huelga. Otras veces la Guardia Civil les hacía ir a ellos solos a Sorbas, para que declarasen sobre tales contronazos juveniles.

Según fueron transcurriendo los años, los que fueron niños se convirtieron en mozos y la familia fue emigrando a Barcelona. Allí José alcanzó la edad militar y lo sortearon para la mili, tocándole el destino en La Seo de Urgell. Cuenta José la desesperación de aquellos días, cuando lo separaban de sus compañeros y lo aislaban, para hacer las mismas actividades de aquellos. Los insidiosos y frecuentes interrogatorios a que era sometido por el Capellán Castrense y por muchos de sus mandos. Sumido estaba en la desesperación, cuando un mando de su compañía, sin duda compadecido por tales injusticias. Le llamó en privado y le aconsejó que aguantase como pudiese, que tales presiones eran debidas a los malos informes que sobre él llegaban de la Huelga. José logró aguantar aquel envite, y una vez licenciado se diluyó entre los miles de emigrantes que poblaban Barcelona. Por fin logró llevar una vida normal, respetado por los suyos y querido por los amigos. No más, ni no menos que cualquier trabajador que entre su familia y su profesión ve como pasa la vida.

Toda la familia se asentó en la nueva tierra, lejos de los lugares y rincones por donde se escondían los fantasmas y las personas que ocasionaron sus desgracias. Aunque los recuerdos y la memoria del padre fusilado, les acompaña siempre.